

Valle Inclán y Ramiro de Maeztu

(Dos semblanzas de Valle por Maeztu: 1899 y 1936)

Me manifiesto libremente, con toda la crueldad y la soberbia de una autor español de pura cepa.

Valle Inclán

La crítica, de ser algo, es una incesante revisión de valores: un sí, un no, un grito, un puntapié o un aplauso. Lo importante es la sinceridad del gesto.

Ramiro de Maeztu

I

El domingo cinco de enero de 1936 Valle Inclán moría en un sanatorio de Santiago de Compostela. El año trágico de la vida civil española de este siglo se abría con el fallecimiento de la figura cimera del grupo de modernistas del 98. Numerosos artículos trazaban la semblanza del genial autor de *Luces de bohemia*: Manuel Azaña lo evocaba desde las páginas de *Política*: «artista de raza, padecía la ansiedad exasperante de un «debe ser», según el dictado de la belleza»¹; José Díaz Fernández desde esas mismas páginas escribía: «su altivez esa prenda segura de un alma incorruptible»²; Rafael Cansinos Assens sentenciaba, «el modernismo se ha ido definitivamente con Valle Inclán»³ en las páginas de *La Libertad*. La noticia de su muerte ocupa la pluma de Juan Ramón Jiménez, José Bergamín, etc. Tardíamente, cuando ya ha entrado el nefasto verano del 36, poco antes de que se inicie la guerra civil, un joven del 98, envuelto ahora en su madurez en la retórica del conservadurismo con veleidades de fascismo declarado, Ramiro de Maeztu, traza una espléndida semblanza del escritor gallego desde las páginas de *ABC*⁴.

La evocación que Maeztu realiza de Valle se articula sobre tres ejes: su personalidad, su obra y su influencia. Como en otros tantos recordatorios se señala su condición de actor que necesita el mundo todo como escenario y todos los asuntos del cielo y de la tierra como tema:

¹ Azaña, M.: «En la muerte de don Ramón». *Política* (7-I-1936). Cito por Esteban, J.: Valle Inclán visto por... Madrid, Ed. de El Espejo, 1973; p. 137.

² Díaz Fernández, J.: «Sobre todo artista». *Política* (7-I-1936). Cito por Esteban, J.: Valle Inclán visto por... ob. cit.; p. 148.

³ Cansinos Assens, R.: «En la muerte de Valle Inclán». *La Libertad* (7-I-1936). Cito por Esteban, J.: Valle Inclán visto por..., ob. cit.; p. 156.

⁴ Maeztu, R.: «Valle Inclán». *ABC* (8-VII-1936). Autobiografía (ed. V. Marrero). Madrid, Editora Nacional, 1962; p. 104-108. También puede leerse en Esteban, J.: Valle Inclán visto por..., ob. cit.; p. 157-161. Siempre citaré por la primera referencia.

un hombre nacido para que los demás le contemplaran y admirarán⁵

escribe Maeztu en celoso paralelismo con otras evocaciones contemporáneas. Sin embargo, dentro de ese conjunto de lugares comunes que incluso alcanza al retrato del autor de las *Sonatas*, Maeztu subraya dos rasgos: su condición de hidalgo pobre y su ingenio caústico y despiadado:

Dotado de ingenio cáustico y despiadado, de valor infinito y procacidad siempre desbordante, lo que le importaba en cada momento era convertirse en centro de la reunión... Valle solía decir de sí mismo que, más que escritor, era un hidalgo pobre.⁶

Dos rasgos que difícilmente podían pasar desapercibidos para el escritor vasco dado que, como veremos, en una temprana semblanza de Valle Inclán enfatizaba sobre esas mismas peculiaridades, que constituyen elementos definitorios de la personalidad del genial escritor gallego. Y, así es, en efecto, pues este hidalgo pobre soñó desde bien joven con la altanera suerte de los capitanes aventureros y aspiró a emular las gestas y hazañas de sus antepasados, como queda patente en la fantástica autobiografía que ve la luz en *Alma Española*:

Estuvo al comienzo de mi vida llena de riesgos y azares... Una vida como la de aquellos segundones hidalgos que se enganchaban en los tercios de Italia para buscar lances de amor, de espada y de fortuna.⁷

Sueños de aventura, románticos afanes que —lo confiesa también en el breviario, *La lámpara maravillosa*— ejercieron sobre él una atracción impetuosa:

De niño, y aun de mozo, la historia de los capitanes aventureros, violenta y fiera, me había dado una emoción más honda que la lunaria tristeza de los poetas.⁸

Pero todos esos afanes y querencias debieron ser orillados. La delirante y quijotesca necesidad de aventuras acabó en franco desengaño. De ese desengaño, que se hace patente al mismo tiempo que la crisis finisecular, surge su literatura modernista y su estética idealista a la que nunca renunció en el dilatado itinerario de su obra. El propio Valle lo recuerda en su breviario estético:

Pero los sueños de aventura, esmaltados con los colores del blasón huyeron como los pájaros del nido... Luego dejé de oírlos para siempre. Al cumplir los treinta años, hubieron de cercenarme un brazo, y no sé si remontaron el vuelo o se quedaron mudos. ¡En aquella tristeza me asistió el valor de las musas!⁹

Así pues, el amanecer de la vocación literaria coincide con el desengaño de las hazañas y aventuras, emuladoras de antiguos esplendores. El hidalgo pobre encontrará escape para su quijotismo modernista en la literatura. Lo que don Pedro Laín señalara como conjetura en su clásico ensayo sobre la generación del 98. «¿No habrá

⁵ Maeztu, R.: «Valle Inclán». Autobiografía, *ob. cit.*; p. 104.

⁶ Maeztu, R.: «Valle Inclán». Autobiografía, *ob. cit.*; p. 104-105.

⁷ Valle Inclán, R.: «Juventud militante». *Alma Española* (27-XII-1903).

⁸ Valle Inclán, R.: *La lámpara maravillosa*. Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1960; (I, 1), p. 20.

⁹ Valle Inclán, R.: *La lámpara maravillosa*, *ob. cit.*; (I, 1), p. 19.

sido don Ramón en el fondo, un Hernán Cortés que buscó en la obra literaria el soñado sucedáneo de una hazaña heroica imposible en el medio histórico de su vida, tan mediocre y alicorto?»¹⁰, se convierte en categórica afirmación en un estudio del profesor Antonio Vilanova sobre las bases ideológicas del modernismo de Valle Inclán: «Desengañado de la mediocridad y ramplonería de una España de charanga y pandereta, cuya frivolidad e inconsciencia tienen su más típico exponente en el desgarró populachero y casticista del arte flamenco, la tauromaquia y el género chico, el patriotismo quijotesco y nostálgico de Valle Inclán vuelve los ojos hacia las glorias de nuestro pasado histórico, en cuyas gestas, descubrimientos y conquistas encuentra un vivo ejemplo de valor, nobleza y heroísmo. Incapaz de encajar dentro del espejo deformante de su estética idealizadora la miseria y bajeza de la España del Desastre, que aparece a sus ojos anhelantes de gestas heroicas como un grotesco y ridículo sainete, el idealismo valleinclaniano se aparta asqueado de la realidad miserable del momento histórico en que vive y busca en el legado de la tradición lo que quede aún vivo y operante del pasado.»¹¹ Por otra parte, la literatura modernista de Valle, su carlismo más o menos enfatizado y su reacción contra un ambiente chabacano y sin ideas, ya había sido interpretada en 1920 por Luis Araquistain como una levadura levantisca contra el régimen liberal de la Restauración, y por ello el autor de *España en el crisol* podía hacer este inteligente inciso: «Cuando se piensa en la funesta obra del llamado liberalismo español, obra de postración y corrupción nacionales, el carlismo, considerado como actitud de insolidaridad moral con este período de decadencia pública, actitud mucho más altiva y sincera que la del republicanismo histórico, comienza a inspirarnos respeto»¹², a propósito de la figura de Valle Inclán.

El hidalgo pobre, el hidalgo arosano que encarnaba en su propia personalidad lo que Castelao llamó «la flor de la locura gallega», es eco de las voces atávicas del hidalgo don Payo Gómez Chariño, almirante del mar, de Mariño de Lobeira que casó con una sirena de la Isla de Sálvora para crear un linaje de navegantes capaces de vencer al tenebroso mar del más allá de Finisterre, de Montenegro, cuya mágica y fascinante mirada, obligaba a su madre, cuando el hidalgo salía del pazo, a tocar las campanas para que se guardasen las doncellas, o el hidalgo Torrado que, en la cumbre de la decrepitud de su linaje, tapaba los agujeros del piso de su pazo con los pergaminos de la familia y vendía los muros a real el carro de piedra¹³. Grandeza y decadencia, familiares a través de sus lecturas y conversaciones —baste recor-

¹⁰ Laín Entralgo, P.: *La generación del 98 (cap. IV)*. Cito por *España como problema*. Madrid, Ed. Aguilar, 1962; p. 416.

¹¹ Vilanova, A.: «*El tradicionalismo anticastizo, universal y cosmopolita de las Sonatas de Valle Inclán*». Homenaje a Antonio Sánchez Barbudo: *Ensayos de literatura Española Moderna (ed. B. Brancaforte, E. Mulvihill y R. Sánchez)*. Madison, University of Wisconsin, 1981; p. 359.

¹² Araquistain, L.: «*Valle Inclán en la corte*». *La Lectura (1920)*. Cito por *El arca de Noé*. Valencia, Ed. Sempre, 1926; p. 46.

¹³ *Tomo los datos del interesantísimo opúsculo de Castelao, A.R.: Galicia y Valle Inclán*. Lugo, Eds. Celta, 1971.

dar, de un lado, alguna de sus «Cartas galicianas»¹⁴ donde trasfiere el mundo de sus lecturas, y de otro, el prólogo a *Jardín Umbrío* (1903) en el que recuerda a Micaela la Galana, vieja criada, de cuya boca escuchó tanto mitos ancestrales¹⁵—, evocadas en el retablo artístico de las *Sonatas* y sobre todo de *La Guerra carlista* y las *Comedias Bárbaras*, donde mediante la figura de don Juan Manuel Montenegro y su degenerada descendencia consigue plasmar el desprecio, altanero y orgulloso, por la mediocridad de una sociedad liberal hecha girones por las pérdidas coloniales, la ineficacia social y el caciquismo político, al mismo tiempo que pone de relieve la grandeza de una hidalguía que si bien se asienta sobre el orgullo, la soberbia y la voluntad de dominio, y de este modo es presentado Montenegro, verdadero señor de horca y cuchillo, mujeriego, despótico y violento (con resonancias no casuales del ideario nietzscheano) en *Aguila de blasón* (1907):

Es uno de esos hidalgos mujeriegos y despóticos, hospitalarios y violentos, que se conservan como retratos antiguos en las villas silenciosas y muertas, las villas que evocan con sus nombres feudales un herrumbroso son de armaduras¹⁶.

o en *Cara de plata* (1923):

Don Juan Manuel Montenegro, con la escopeta y el galgo, rufo y madrugador, aparece por el huerto de frutales y se detiene en la cancela. Es un hidalgo mujeriego y despótico, hospitalario y violento, rey suevo en su Pazo de Lantañón¹⁷.

también ofrece continuas pruebas de desdén y desprecio hacia la sociedad burguesa, cuyos valores son bien contrapuestos a los que degeneradamente mantiene don Juan Manuel Montenegro, cuya fugaz aparición en la *Sonata de otoño* (1902) a galope y gritando:

No puedo detenerme. Voy a Viana del Prior. Tengo que apalear a un escribano¹⁸.

¹⁴ Precisamente en la primera (El Globo, 2X-1891) y glosando un viaje de Madrid a Monforte, con especial mención para Los hidalgos de Monforte («Había yo leído la novela muy rapaz, y todavía recordaba el delicioso estremecimiento que su lectura me produjo»), emparenta a su compañero de posada con Pedro de Tor, personaje de la novela de Vicetto, y escribe: «Su traza recordaba por un misterioso fenómeno de atavismo, la de algunos reyes suevos de Galicia en la Edad medieval; tenía el pelo como la piel de raposo, la frente angosta, aguileña y torcida la nariz, que daba marcado carácter al rostro asoleado y pecos; la barba desaliñada, multicolor e hirsuta; verdes las pupilas, que a veces adquirían reflejos cobrizos y toda la persona erguida, valiente, llena de vida y de fuerza extraordinaria», en caracterización espléndida del compañero de posada al que a la mañana siguiente ve partir y dirigirse al pazo, «de donde le habían sacado las dos únicas cosas que pueden mover a un hidalgo montañés: una feria y un pleito». El texto completo debe leerse en el excelente libro de Fichter, W.L.: Publicaciones periódicas de D. Ramón del Valle Inclán anteriores a 1895. México, El Colegio de México, 1952; p. 65-70.

¹⁵ Dice el prólogo: «Tenía mi abuela una doncella muy vieja que se llamaba Micaela la Galana. Murió siendo yo todavía niño. Recuerdo que pasaba las horas hilando en el hueco de una ventana, y que sabía muchas historias de almas en pena, de duendes y de ladrones. Ahora yo cuento las que ella me contaba». Valle Inclán, R.: *Jardín Umbrío*. Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1975; p. 9.

¹⁶ Valle Inclán, R.: *Aguila de blasón*. Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1964; p. 13. Por cierto que el mundo de las *Comedias Bárbaras* ha merecido tres asedios bien recientes. Porrúa, M.C.: *La Galicia decimonónica* en las «comedias Bárbaras» de Valle Inclán. A Coruña, Ed. do Castro, 1983. Ramos-Kueth, L.: *Valle Inclán: «Las Comedias Bárbaras»*. Madrid, Ed. Pliegos, 1985. Y Barbeito, C.: *Epica y tragedia en la obra de Valle Inclán*. Madrid, Ed. Fundamentos, 1985.

¹⁷ Valle Inclán, R.: *Cara de plata*. Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1964; p. 22

¹⁸ Valle Inclán, R.: *Sonata de Otoño* (ed. A.W. Phillips). México, Ed. Porrúa, 1976; p. 103.